

OPERA

Calor y color en "La Boheme"

□ Seriedad musical y agudo sentido teatral destacaron en el segundo título de la temporada

El principal obstáculo que Puccini pone a sus intérpretes es, precisamente, que el músico indicó con exactitud no sólo las velocidades (*tempi*), sino las situaciones escénicas que corresponden a determinados pasajes de la partitura. Por lo tanto, la puesta en escena, los cantantes y la parte orquestal han de seguir lo escrito, si es que se quiere honrar a Puccini y no servirse de él para fines particulares.

Es sabida la meticulosidad con que Puccini cuidaba la relación música-escena. Era tan exagerado que, frecuentemente, pedía rehacer los libretos a sus colaboradores Illica y Giacosa, mientras el desesperado editor Ricordi esperaba y esperaba los originales. El músico italiano tomó de Wagner la unidad de música y drama, incluso con el empleo del motivo-conductor para caracterizar personajes y situaciones. Compositor y libretistas coincidieron en dejar al género lírico una obra maestra de síntesis, al subir a escena *La Boheme*, en 1896.

En esta ópera se dan múltiples aspectos que deben llegar al público y tomarlo hasta llegar a la emoción. Puccini sabía perfectamente cómo hacerlo, y en la correspondencia con sus colaboradores explicaba con fialdad dónde determinado pasaje musical "debía provocar llanto en el auditorio". *La Boheme*, con su lógica dramática, su encanto melódico y la humanidad de sus personajes, es producto de una mente genialmente organizada y como tal ha de ser enfrentada, sin falsear lo escrito, pues allí está todo previsto.

Se acabaron aquí los calderones a gusto del cantante "divo" y las languideces tremolantes de ciertos directores. También el histrionismo exagerado, que no cabe dentro de una música tan fina y profunda.

Considerando estos puntos de vista, el estreno de *La Boheme* en ópera 1982, debe ser señalado como una de las mejores entre las múltiples versiones realizadas en nuestro país.

Coincidieron la seriedad musical del maestro Juan Pablo Izquierdo y la brillante personalidad teatral de Nicola Benois en su triple capacidad de escenógrafo, vestuarista e iluminador.

Benois proveyó un escenario excelente,



Hugo Donoso



Frente al café Momus: Musetta (Rita Conti), Alcindoro (Eduardo Huespe) y Marcello (Vicente Sardinero); abajo, Schaunard y Colline (Jorge Escobar y Mariano de la Maza)

histrionica que, sin embargo, y gracias al genio pucciniano, dejó en emocionado suspenso al auditorio.

Se escuchaba al tenor Luis Lima como Rodolfo, un joven cantante con voz luminosa y de comunicativo temperamento, que impresionó muy favorablemente. Como Mimí, la soprano japonesa Yasuko Hayashi mostró cualidades vocales sobresalientes, si bien escénicamente su impacto se apreció menor. Vicente Sardinero, en Marcello, fue un personaje muy completo, luciendo una voz particularmente adecuada, al igual que Rita Conti, en Musetta, con grata voz y una vitalidad comunicativa, a veces al borde de la sobreactuación. Mariano de la Maza lució, en su maduro papel de Colline, una de sus mejores realizaciones; mientras que el joven barítono Jorge Escobar, en Schaunard, mostraba un seguro paso adelante en su carrera lírica. Eduardo Huespe dio logrados toques cómicos en el doble rol de Benoit y Alcindoro. Tanto el coro adulto como el grupo de niños lucieron excelente preparación.

Pero complace, sobre todo, que el ritmo escénico y el musical se unieran en el servicio del espectáculo. Pocas veces, desde el colorido de los trajes y el decorado hasta la cuidadosa exactitud sinfónica (el segundo acto fue realizado con impecable coordinación), el público ha tenido la sensación de vivir un espectáculo completo.

Los aplausos, espontáneos y entusiasmados, fueron merecido premio.

Daniel Quiroga ■

Opera: "La Boheme", cuando la diva es la escenografía

COMENTARIO



de
**Yolanda
Montecinos**

Una interesante nueva producción de "La Bohème" de Giacomo Puccini (1858-1924) ofreció en abono A y B la Sociedad Chilena de Amigos de la Opera en el Teatro Municipal. Lo mejor de este nuevo aporte fue la parte plástica: escenografía, vestuario e iluminación; la "regie" de la obra; todos elementos en manos de un gran personaje de la lírica de nuestro tiempo Nicola Benoit y el elenco adecuado para los roles centrales y secundarios de esta tierna y dramática historia en cuatro actos, sobre libreto de Giuseppe Giacosa y Luigi Illica sobre la novela homónima "Escenas de la vida bohemia" de Henri Murger (1822-1861). La ópera se presentó por primera vez en Turín, Teatro Regio un primero de febrero de 1896 con dirección de Arturo Toscanini. 86 años después, su presentación, emocionó en nuestro Municipal a un público operático que vitoreó largamente a sus creadores e intérpretes.

1.— GIACOMO PUCCINI Y SU ARTE

Este sensible artista nació destinado a la música sinfónica y lírica. Llegó al mundo en Lucca un 22 de diciembre de 1858 y fallecerá famoso y realizado, en Bruselas un 29 de noviembre de 1924. Su tatarabuelo fue un ilustre compositor de óperas y organista de San Martino y sus herederos y descendientes, ocuparon el mismo cargo, aun Michele padre de Giacomo. El niño Puccini inicia sus estudios en el seminario de Lucca y de soprano en el coro de la Iglesia, pasa a ser buen estudiante del Instituto Municipal y para su examen de egreso compone una inspirada Misa de Gloria. Pero su vida cambia cuando asiste a una representación del genio itálico, Giuseppe Verdi "Aida" en Pisa. Deja su cargo de organista y da los pasos para convertirse en autor de óperas. Talento, familia, tradición, harán que este joven artista consiga una beca para estudiar en el Conservatorio de Milán con Ponchielli, autor de "La Gioconda". Se gana el apoyo decisivo de Boito y del editor Ricordi cuando lanza en esta ciudad "Le Villi" su primera ópera de 1883. Es de temperamento apasionado y muy similar a los personajes de "La Bohème". Crea un club de amigos con artistas, pensadores, automovilistas o cazadores con los que funda el "Club de la Bohemia" y ya en 1893 entrena "Mignon Lescaut" su primer éxito real. Luego vendrá "La Bohème" que no fue un triunfo inmediato, sino por el peso de sus méritos reales. Después vendrán "Tosca" (1900) la dulce "Madama Butterfly" ya no recibida con cierta incompreensión por el público sino con actitud de rechazo en 1904, aunque meses más tarde, fuera un magnífico y sostenido suceso. Este gran admirador de Verdi compuso para el aniversario de su muerte su famoso "Requiem" e inicia viajes por el mundo, que le traerán incluso a Buenos Aires en 1906 y es en Nueva York donde en 1910 estrena "La Fanciulla del West" con Caruso y Toscanini para lanzar con Tito Schipa "La Rondine" en 1917 en Montecarlo y en el Metropolitan de Nueva York su inspirado "Trittico" (Il Tabarro, Suor Angelina y Gianni Schicchi). Casi mudo, se dedica a trabajar a la laringe y muere



Un momento de la puesta en escena de la ópera "La Bohème", de Giacomo Puccini, estrenada el martes último en el Teatro Municipal de Santiago.

cinco días después, de una crisis cardíaca dejando inconclusa su partitura de "Turandot". Su obra se resume en doce óperas, una misa, un Capriccio sinfónico, obras de cámara y melodías diversas.

2.— PUCCINI Y SU TIEMPO

Una de las cualidades interesantes de la ópera italiana en su general es su apego por décadas, a lo tradicional. Quizás algunos temas puedan ofrecer una cierta variedad y aún audacia, pero en su estructura central se mantienen esquemas probados con absoluta preeminencia de lo musical y del "bel canto". Sería absurdo sustraer al autor de la herencia verdiana, incluso de los últimos momentos de éste, cuando pretendía incursionar en nuevos caminos, creando una declamación melódica original de la lengua italiana, ampliando la orquesta un poco en la línea del temido y arrollador Wagner y dando atisbos de lo que podría ser el teatro musical de nuestras décadas. Busca la perfecta asociación entre la música y el lenguaje dramático. Todo esto aflora en la obra de Puccini, pero sin llegar a desbordes o elementos determinantes de un real modernismo. Incluso la hostilidad que causara este matiz de sus óperas es bastante injustificado. La verdad es que mientras él componía "La Bohème" o "Tosca" reinaba en el mundo, Stravinsky, Bela Bartok, Schonberg, Wozzeck de quien Puccini bastante al margen de sus revoluciones, conoció el "Pierrot Lunaire". La vanguardia le tuvo entre sus conocedores pero jamás intentaría romper el marco de la tonalidad.

3.— PUCCINI '82

Frente a este autor se da una curiosa actitud que bien podría explicar (no justificar) la posición de algunos líricos ante el director Juan Pablo Izquierdo. Por años se sitúa el máximo interés de su obra en las tradicionales arias: las de Mimí en La Bohème, por ejemplo y se desconoce la interesante riqueza que existe en su estilo de declamación musical, en un cierto expresionismo italiano que acentúa una continuidad dramática a través de la orquesta y no en el canto mismo, que sí se mantiene en cánones ante-

riorios clásicos. Es un realista evidente cuando presenta sus personajes y quizás este hecho mueve a señalarlo como un cultor del "verismo" dramático y musical. Mientras se piense que esta cualidad va más allá del tema y afecta además a la música y canto, se tendrá una versión poco fiel del autor.

Juan Pablo Izquierdo, a nuestro juicio, devolvió la recóndita belleza de una música en la que se anticipan muchos elementos modernos reales, de su tiempo. En su labor frente a la Filarmónica, el director dio la profundidad, incluso una mayor sutileza emocional en la gama de sentimientos accionados por los personajes. Alejó a Puccini de cualquier pretendido "verismo", resaltó sus méritos sinfónicos y al no conseguir igual enfoque de parte del resto de los realizadores se cayó en leves desajustes, bien soslayados en general. La tensión dramática, la angustia, el suspenso a pesar de ser la historia tan conocida, se crearon y en esta tarea, la orquesta y su conductor tuvieron una parte importante.

4.— LA BOHEME Y SUS REALIZADORES

Nicola Benois, artista integral de la ópera, impone su sello en una tarea importante para esta producción. Su escenografía ambienta con genio y espíritu concordante con la obra el tema y su estilo de acción. La bohemia donde viven sus penas, amores, alegrías y locuras los cuatro amigos: Marcello (Vicente Sardinero), Rodolfo (Luis Lima) Colline (Mariano de la Maza) y Schaumard (Jorge Escobar) tiene hechuras de arquetipo y de realidad. El mismo la viste, en sentido moderno, con un claro, certero y firme trabajo de luces sin estallidos ni desbordes interesantes pero no siempre adecuados, y el medio físico, está. Tiene la fuerza de lo sugerido, lo real y lo dramático. Allí es factible que amen, sufran y disfruten de su juventud estos seres humanos que tan cerca quedaban del propio Puccini.

La ambientación del segundo acto, el famoso café Momus en el corazón del Barrio Latino de ese siempre mítico París, tiene el pintoresquismo de las ferias de "Petrouschka", sin dejar de ser latino; los toques justos reales, la evocación de pleno estallido del ro-

manticismo en la Francia de "Hernani" y Victor Hugo en 1830, y el abigarramiento de una multitud multicolor en constante movimiento. Nada faltó y nada sobró y el público supo apreciar este aporte con aplausos de apertura. La Musetta tuvo aquí el escenario justo y su galancete anciano también, junto con los pequeños, en una manifestación magnífica del más artístico sentido tradicional, en este terreno. Inspirado está también el maestro ruso-italiano en su tercer acto, por lo general destrozado por escenógrafos sin vuelo creativo. Los enormes árboles son reales y a la vez anticipan el tono de tragedia de retorno de los enamorados a la vida real, dura y aproximada a la muerte. Quizás la nieve no fue todo lo real que el creador pudo desear, pero él con su juego de luces la convirtió en otro personaje más integrado al drama.

No se queda ahí el aporte de Nicola Benois a esta producción. Es el responsable de un juego teatral claro, sin excesos ni gestos inútiles. Al partir, Sardinero y Lima nos parecieron algo desbocados en su ir y venir, pero gradualmente esta actitud varió, integrándose bastante bien el cuarteto. El bajo nacional Eduardo Huespe entregó dos roles de apoyo, en el rubro cómico de muy buen nivel, con un registro limitado, pero buen juego escénico, Jorge Escobar dió vida a Colline; Mariano de la Maza entronizado con razón en el papel del filósofo Schaunard cumplió una de sus mejores entregas. Entre los solistas, el baritono Vicente Sardinero nos pareció el más sólido, con una voz moderna, buena escuela, labor teatral bastante discreta y solvencia general palpable. El tenor pequeño y cálido de Luis Lima emocionó en varios pasajes, supero y bien una falla en off y supo evocar con dignidad al enamorado Rodolfo. Algo fría al partir, la soprano japonesa (nada de frágil) Yasuko Hayashi cumplió con discreción su inspirado personaje. La Musetta de la artista uruguaya Rita Contine nos produjo la impresión de una bohemia desbordante, graciosa, audaz, y en lo vocal un tanto efectista. El juego en comedia y en drama de estos amigos está presente, y eso más la ambientación y la labor de la orquesta dieron a esta producción de La Bohème un innegable mérito general. La labor del coro, niños y adultos, correcta.